

Florezcan en los prados nuevas flores;
Resplandezcan las aguas de las fuentes;
Y las aves cantando den clamores
Convidando á dulzura todas gentes.
Y todos los penados amadores
Descansen sin sentir mas accidentes,
Contemplando en amor y sus victorias,
Pues hay de su valor tantas historias.

Muy contentas quedaron las damas de lo que Luzmán había respondido por ellas, y cantado en su favor, y todas le dieron muchas gracias y al marqués que allí le había traído; el cual, no menos que ellas, quedó contento; y así abrazando á Luzmán, y despidiéndose de aquellas señoras y del músico Soticles, con el cual pasaron algunas graciosas razones, se volvieron á casa del marqués,

LIBRO CUARTO.

En un verde y deleitoso prado, á media legua de la ciudad de Sena, estuvo Luzmán el día que en ella pensaba entrar, hallándose cansado de lo mucho que caminado había; porque tomando sus trabajos por contentamiento de su vida, siempre anduvo á pié, no porque le faltase haber para poder ir á caballo; mas había esto prometido al tiempo que partió de España. Pues levantándose de aqueste lugar deleitoso, se fué á la ciudad, en la cual estuvo ocho días; y al cabo dellos, una tarde, yendo por una calle, al cabo della, en una pobre casa oyó tañer y cantar; y aunque no pudo entender lo que se cantaba, todavía le pareció bien; y estando así deseoso de oír al que tañía y cantaba, y saber quién era, vió venir un hombre viejo, y llegando á él, le dijo: «decidme, honrado padre, ¿quién vive en esta casa?» El ciudadano le miró y sonrióse, diciendo: «bien parece que eres pelegriño y extranjero, pues no conoces al dueño desta morada; y porque adonde quiera que fueras puedas decir el bien que esta ciudad en sí tiene, á lo menos un hombre único en el mundo, allégate aquí, y decirte he lo que me preguntan.» Luzmán, con mas deseo que antes, se fué con él, y echándose de pechos sobre un mirador que al hermoso campo salía, le rogó le dijese lo que él propio por amor sin conocerle le quería decir.

«Soy contento, dijo el hombre viejo, y así has de saber que hubo en esta tierra un hombre muy rico llamado Plunio; este no tuvo mas que un solo hijo y una hija: el hijo tuvo por nombre Oristes, el cual dende su juventud se dió á todas las ciencias y artes, y aprendió tanto de ellas, que no hay hombre mas sabio en la mayor parte de Italia, tanto que la república romana ha enviado muchas veces por él, prometiéndole grandes riquezas, y él las ha tenido en poco. Pues has de saber que muerto su padre, que habrá quince años, toda su gran riqueza dió á una hermana suya, y casóla en Florencia, y él se casó con una doncella pobre, recogiendo á esta ciudad como natural della, y vive en esta pobre casa. Es su condiccion siempre estar riendo, y tañendo y cantando en alabanza de la pobreza: jamás quiso cosa de ninguno, sino fuese lo que le basta para un día, y si desto ve que le sobra, dálo á los pobres: de manera que son tantas sus virtudes que yo no podría en mucho tiempo contarlas. Alégrase con el nombre del pobre Oristes, teniendo por mayor contentamiento esto, que ser emperador del imperio romano. En fin, para entender su gran valor, sería menester que le vieses y hablases. — ¿Podría ser, honrado padre? respondió Luzmán. — Si por cierto, dijo el viejo, que nunca su puerta se cierra, ni su conversacion á nadie niega. — Pues así es, yo te ruego me perdones, que yo

porque ya él estaba para se partir otro día, y enviar por la marquesa, con la cual se había desposado, y quería en Mantua hacer sus fiestas. Esa noche cenaron con mucho placer, agradeciéndole mucho Vitoriana á Luzmán el consejo que al marqués había dado, por el cual se había efectuado el descanso y honra della y de su linaje. Pues otro día Luzmán se despidió del marqués y della, no le pudiendo mas detener, y se fué con determinacion de ir á ver la ciudad de Roma, de la cual había oído decir tan grandes cosas; y, habiendo visto otros algunos lugares, llegó á la ciudad de Sena, y determinó de ver el gobierno de aquella señoría.

determino de entrar á gozar de aquello que yo siempre deseé.» Y diciendo esto Luzmán se despidió del viejo, el cual se fué, y él entró en la pobre morada de Oristes, y sin que nadie le dijese nada, llegó donde Oristes estaba tañendo en una arpa y cantando; y aunque vió á Luzmán, no por eso dejó de proseguir su canto, mas hizole señas que se asentase con alegre rostro. Luzmán se asentó sobre un pequeño banco que junto á una pobre cama estaba, sobre la cual estaba sentado Oristes; y lo que cantaba era lo siguiente:

Qué es ver la clavelina ó blanca rosa,
El lirio, ó otra flor que bien parece,
Cuán presto se marchita y entristece
Perdiendo la color y el ser hermosa!
Hoy penais y moris por una cosa;
Mañana vos enfiada y aborrece.
Cuán presto pasa el día y anochece:
El tiempo es la ocasión que no reposa.
Ninguno con su suerte está contento:
La vida es un golfo de cuidados,
Que va por esta mar de nuestro intento.
Deseos y esperanzas lleva el viento
De muchos, que viviendo confiados
Fundaron en el aire firme asiento.

Acabando de cantar estos versos el pobre Oristes, levantóse con grande alegría, y los brazos abiertos se fué á abrazar á Luzmán, como si le conociera, diciendo: «mi buen hermano, ¿qué ventura te ha traído á esta mi casa?» Luzmán, muy alegre, así de lo que le había oído como de ver con cuánto amor le hablaba, le respondió: «honrado Oristes, la fama de tu nombre me ha traído con gran deseo á verte. — Pues tórnate á sentar, dijo Oristes, que sin conocerte, mucho me alegro con tu venida. — Dime, famoso varon, dijo Luzmán, ¿qué fué la causa que siendo tú rico desechaste la riqueza y holgaste de ser pobre, pues es la cosa mas aborrecida, y comunmente llamada vergonzosa y vil entre los hombres? — Soy contento de te lo decir, dijo Oristes. Has de saber que no se llama rico el que con las riquezas se confía de temporal gloria: riqueza se ha de llamar el no tenerla, porque aquel es rico que solo espera en las verdaderas riquezas del cielo; y así yo temí de perderme en ellas y caer con la demasiada carga; y así tuve por mejor alivianar el entendimiento y perder aquel codicioso cuidado que suele dar la codicia temporal. — Bueno fuera eso, dijo Luzmán, si tú las hubieras mal ganado; mas, heredándolas de tus padres, cosa terrible me parece dejarlas y vivir sin ellas. — En eso te engañas, respondió Oristes; que siendo mal ganadas poco merecimiento era restituirlas al mundo; mas siendo buenas y propias, fué mas aborrecerlas; y lo que llamas vileza no lo es, antes, si mirarlo quieres, lo es el rico, si de lo que tiene no hace lo que debe. — Y si lo hace, respondió Luzmán, ¿no terná mas merecimiento, dando y ayudando á los que poco pueden, que no aquel

que careciendo desto, con la pobreza se contenta? — No, respondió Oristes, que de lo mucho darse poco es no dar nada, y darlo todo es de mayor merecimiento. — Bien está, respondió Luzmán; mas quería de tí saber; por qué te casaste para dar de tu pobreza vida pobre á tu mujer y hijos, pues me dicen que tú los tienes, los cuales después de tus días llorarán la falta de los bienes, y servirán en casas ajenas, habiendo tú podido dejarlos ricos? — Bien has apuntado, dijo Oristes, pero ese es el error general entre los hombres, pues quieren mirar al ajeno bien con hacerse daño á sí mismos. Dime, ¿la mujer confía en solo el hombre, ó es por ventura ella nacida debajo de su remedio? Desconfianza sería quitarla de Dios y de su poder, y ponerla en la tierra; y así los hijos lo mismo han de pretender que su padre. Virtudes son las que los levantan; y así cuando se ven pobres y sin padre pretenden por sí la virtud, lo cual no harían y dejarían de hacer muchas veces, confiados en los bienes. Y escucha unos versos que sobre esta razon suelo algunas veces cantar; y luego, tocando en su arpa, los comenzó á decir, y eran estos:

Oh pobreza amigable, dulce y buena,
Manjar de gran sabor perfecto y santo,
Del ánima inmortal divino manjo,
Por quien toda soberbia se refrena!
Morada de bondad y gracias llena,
Destierro del esquivo y triste llanto,
Verjel donde se halla el sacro canto
Con el cual la codicia se condena!
En esta humildad tiene morada,
Pues dichoso el que es pobre en esta vida,
Si sabe bien usar de la pobreza.
Pues con ella en el fin de la jornada
Se viene á merecer gloria cumplida,
Gozando para siempre gran riqueza.

«Aquí podrás entender cómo la pobreza es vaso rico, seguridad descansada, sueño suave, árbol de olorosas flores, río manso, fuente que no pierde su corriente; y la riqueza al contrario, espada aguda, sueño pesado y lleno de sobresaltos, cárcel de contrarios, temor sin seguridad, bosque lleno de enemigos: en fin, ¿no has oído decir dificultosa ser la salvacion del rico, y por el contrario ser de los pobres el reino de los cielos? — Preciado Oristes, dijo Luzmán, no consiste esa pobreza en los bienes temporales, mas en aquella que el espíritu debe tener, y esta es de quien tú dices; mas no por eso, si el rico obra lo que debe, dejará de gozar de premio alivo; que cierto gran trabajo es el tuyo, pues cada día has de buscar lo que has menester. Mejor me parecería si lo tuvieras de tuyo, y no agradecerlo á ninguno, que comun refrán es que el pobre no tiene amigo.» A estas palabras se rió Oristes, diciendo: «¿cuán engañados viven los que eso piensan! Porque no es vergüenza pedirlo quien lo sabe dar ó dió aquello que tuvo, y cuando no se halle como se desea, entonces se merece mas: no hay mayor contento ni mayor riqueza que aquella con que el hombre se satisface, y este es un vencimiento que hay en el hombre llamado de sí mismo; y al contrario, el rico no se conoce, ni se contenta, ni quiere amigos, y si los tiene apenas se fia dellos, ni de sus propios hijos; deseánle la muerte por heredarlo, de manera que vive en perpetua congoja: en la mesa llora, en la cama sospira, por las calles ya pensativo, y en todo tiempo no sabe qué se hacer, deseando aumentar lo que tiene, habiéndolo de dejar con la muerte; y entiendo otros versos que sobre este sujeto suelo yo cantar; y tornando á tañer, comenzó á decir así:

El rico siempre está penando y triste,
Es ave de rapaña mal contenta,
Navío que va en mar con gran tormenta
En quien toda miseria se reviste.
Es terrible prision donde consiste
Desventura, dolor, daño y afrenta;
Pues, hombre, haz contigo estrecha cuenta,
Que Dios te ha de pedir como viviste.
Ninguno se confie en su prudencia,
Mas mire cómo vive y lo que hace,
Pues es gran vanidad el bien del suelo,
El cual en breve tiempo se deshace
Por ser de muerto y llanto su potencia,
Y firme para siempre lo del cielo.

«En esto podrás juzgar, dijo Oristes, si es verdadero lo que digo, y si es bueno lo que hago, pues va fundado debajo de razon natural y ley cristiana. — No niego yo lo que dices, dijo Luzmán, mas pésame que tanta virtud y elocuencia en tan prudente hombre como tú encerrada se contente de estar aquí, porque ya que diste todos tus bienes procuraras ganar otros; que bien pareciera un hombre de tu suerte en el palacio de un gran rey ó emperador, y así dejaras colocado tu nombre y prósperos tus hijos. — Déjate de pensar mas en eso, dijo Oristes; que has de saber que las cosas de los reyes y grandes príncipes no son para todos los hombres. ¿Parécete á ti que haría bien el que está en el seguro puerto, si se metiese en los golfos y tormentas de la mar? ¿No entiendes que en los tales lugares los hombres se tornan aves, queriendo volar sin alas á la presunción y privanza? Pues ¿qué te diré de las envidias y murmuraciones y diferencias que se hallan en esa pequeña honra pretendida por soberbia y vanagloria? Así que, no me contenta; y pues la desprecio, quiero que mis hijos huyan della. Virtudes les dejo, crianza y cristiandad: válganse con ellas como yo hago en esta vida; pues dicen los sábios que la mayor joya es el ánima, y esta se ha de guardar; que el cuerpo es bruto, y así se ha de tratar con aspereza, porque no tome malas costumbres. Y pues ves que yo te he dicho mi vida, no me la reprehendas ni afees; pues yo con ella vivo contento; y ruégote me digas quién eres, que en tu presencia y rostro desengañado estoy, porque te tengo por hombre en quien cabe toda bondad.»

Luzmán se levantó, y con grande alegría le fué á abrazar diciendo: «harto poco saber sería el mio si no conociese tu virtud y alabase tu vida, la cual jamás partiré de mi memoria, y así te quiero decir quién soy:» y luego le contó en breves razones todo su hecho. Oristes se tuvo por de buena ventura en haber conocido á Luzmán, y luego mandó venir allí á su mujer y dos hijos que tenía, no con menos virtudes que el padre; y vuelto á Luzmán le dijo: «veis aquí, señor y hermano, las cosas del mundo que mas quiero, y con quien desecho toda tristeza;» y luego hizo poner la mesa rogando á Luzmán que con él cenase. Luzmán cumplió su voluntad, y así juntos cenaron; y acabada la cena le dijo Oristes: «decidme, amigo, ¿no me hareis un placer? — Si por cierto, dijo Luzmán, porque no hay cosa que por tu amor yo no haga. — Pues lo que yo quiero, dijo Oristes, es oírte decir algo en alabanza de mi pobreza, tañendo y cantando algunos versos. Luzmán, no haciéndose de rogar, tomó la arpa con que Oristes había tañido, y comenzó á decir lo que sigue:

La vida mas suave y deleitosa
De los hombres se ve mas despreciada,
Y la joya subida y mas preciosa
La vemos por el suelo estar echada,
Con cara miserable y vergonzosa
De muchos enemigos saltada,
Y aquesto por le dar perpetua muerte;
Mas no puede morir, porque es muy fuerte.

Aquesta es la pobreza, enriquecida
De la mayor virtud, que es la paciencia
Si tiene caridad con fe su vida
Engendrada con celo de clemencia.
Aqui no puede haber mortal caída,
Ni faltar el reloj de penitencia,
El cual recuerda al hombre descuidado
Al tiempo que se duerme en su pecado.

Amiclas fué constante en su pobreza,
Burlándose del César poderoso,
Estimando en muy poco su grandeza,
Con la cual nunca tuvo al fin reposo;
Pues ¿qué valió al rey Midas su riqueza,
Que de hambre murió muy congojoso?
Así que, por tener demasiado,
No se suele vivir mas descansado.

Debia de horar el hombre humano,
A quien faltó saber para entenderse;
Y estar siempre contento el buen cristiano
Que sabe refrenarse y conocerse.
Pues tiene dentro en sí su propia mano
Con la cual debe el hombre de vencerse,
Y es este vencimiento tan alivo
Que pone al vencedor renombre vivo.

Bien te puedes llamar dichosa Sena,
No habiendo dentro en tí moradas tristes;

ANSILO.
 Genidos llamarás esos placeres
 Robadores del alma y sus despojos,
 Pues no pueden durar falsos haberes.
 Los campos y florestas son abrojos.
 Los poblados infernos no entendidos.
 Y el tener y mandar penas y enojos.

PIRON.
 Qué es ver, di, los mineros escondidos
 Del oro y de la plata allá en la tierra,
 Como son por los hombres conocidos,
 Y la fama inmortal que da la guerra,
 Dejando con loor los vencedores.
 Y el saber allanar un monte ó sierra!
 Qué es mirar los retratos y colores,
 Con tanta soltura dibujados
 Por las manos famosas de pintores!
 Pues, luego el mundo en sí tiene encerrados
 Misterios y secretos valerosos
 Que no pueden por mí ser alabados.

ANSILO.
 Aquesos aparatos tan costosos,
 Ganados con sudor y gran fatiga,
 Se tornan á la fin bienes llorosos.
 El hombre que pretende humana liga
 Desecha lo que es bueno y saludable,
 Tomando la virtud por enemiga.
 Pues, luego quien pretende el bien estable
 El cielo ha de buscar, que no este mundo
 Revoltoso, cruel y miserable.
 Así que, con verdad mi razon fundo,
 Llamándole traidor, cauduco, y breve,
 De maldades y vicios un profundo.

Todos holgaron mucho de oír los versos de Piron y Ansiló; y como hubieron acabado, porque era ya tarde, Birtelo se levantó: tomando á Luzmán por la mano lo llevó á un aposento, y allí le dijo que se quedase descansado hasta otro día. El cual venido, muy de mañana se levantó Luzmán, deseando ver aquella casa toda mas despacio que antes la había visto. Pues levantado que fué Birtelo, oyeron misa; y luego tomó á Luzmán consigo, y llevóle á una de aquellas tres torres, que dentro della había hermosos aposentos, y poniéndose sobre un mirador que á un deleitoso soto caía, le dijo:

«Ayer me preguntaste algunas cosas á las cuales no te respondí, y agora quiero responderte á ellas; y así has de saber, que yo, desde los diez y ocho años hasta los veinte y cinco de mi edad, los gasté, como suelen los mozos gastar el tiempo, no mirando mas que á mi voluntad; ceguedad por cierto muy grande en aquellos que así van sin mirar atrás ni adelante; bien que mis padres de nobles costumbres me habían vestido, haciéndome aprender así las letras como la música, dándome yo á la poesía. Pues en este tiempo fuíme á Nápoles por ver al rey Sigismundo, que dotado era de muchas gracias; y estando un día en un verjel del príncipe de Bizinaño, enamóreme de una doncella, con la cual acabé con sus padres que me la diesen por mujer, y ellos concediéronmelo. Pues yo tenía á la sazón un criado, del cual mucho fiaba, y á quien quería mucho, con el cual le había enviado algunas cartas, y ella me había respondido antes deste concierto que su padre hizo conmigo. Pues viniéndose á concluir mi casamiento, no hubo lugar; porque has de saber que en las idas y venidas que Lumeno, aquel mi criado, había hecho, él teniéndose poca lealtad se enamoró della y ella dél y casáronse; y así respondió á sus padres como era casada, de que no poco espanto dió á todos; y fué tan grande mi turbacion en saberlo, que sin ningún sentido fui partido de mi posada en busca de Lumeno. Y quiso su desventura que le encontré cerca de la posada del padre de aquella mi enemiga; y como le viese, llaméle, y preguntéle diciendo: «di, Lumeno, ¿es posible ser verdad que te has casado con mi señora Lucrecia? que así se llamaba aquella mi señora.» El con alguna turbacion me respondió: «señor, no te puedo negar la verdad; sepas que sí soy.—¿Pues cómo pudiste faltarme á la fe y lealtad? le respondí yo.—Porque no fué mas en mi mano, respondió él, que amor y fuerza hacé que los hombres salgan fuera de sí.—¿Oh traidor, robador de mi alegría, le respondí, y diciendo esto puse mano á mi espada, y aunque se defendió con la suya, le maté. Y á este tiempo Lucrecia se puso á una ventana, y como vido muerto á su esposo, dando mortales gritos, la cerró, y aquel propio día se ma-

tó con un cuchillo. De cuyo hecho gran admiracion recibió aquella ciudad, por ser persona tan principal; y yo luego me volví á Roma, y fué tan grande el aborrecimiento que tomé á las mujeres, que, puesto que hay tantas y tan buenas, determiné de nunca mas me casar: y así anduve sirviendo de capitán al imperio romano por espacio de veinte y cinco años; y como viniese á Roma con un vencimiento y victoria que yo había habido, recibíeronme con gran triunfo, donde yo estaba en la cumbre de toda fama, haciéndome el emperador Enrique tanta honra como si fuera su igual. Yo podía tanto con él y con la república romana, que hacía todo lo que yo quería, de manera que esta maldita privanza muchas veces daña á los buenos, y despierta á los malos; y así fué que sin causa, ni haber yo acometido cosa que lo causase, antes ayudaba á todos, me levantaron lo que á Escipion, por cuya causa me prendieron, y estuve dos años aprisionado, y al cabo dellos en el senado me mandaron venir, y allí, sabiéndose la verdad, y que maldad había sido, me dieron por libre. Pues yo entonces me despedí de mis propios naturales, jurando de nunca mas entrar en Roma, ni en otro lugar ninguno, y aunque me rogaron mucho, prometiéndome cargos y dignidades, nunca me pudieron mover; y así yo tenía en este lugar una casa que de mi padre había sido, con algunas tierras y montes, y viniéndome á ella comencé á edificar; y así hice esta que aquí ves, adonde he vivido hasta agora, porque no quise estar donde á la mentira de un malo se pierda el bueno, como á mí me sucedió, si Dios la verdad no declarara. Y así con los gajes y acostamientos y partes que en la guerra gané, junto con el patrimonio de mi padre, he comprado la renta que tengo, la cual por no tener heredero forzoso tengo ya repartida; y en este lugar después de mis días he mandado se haga un monasterio, y á otros deo de mi hacienda, y asimismo á pobres y hospitales. Ves aquí que te he dado brève cuenta de mi vida, y la causa por que aquí estoy: mira si tengo razon, y si he escogido buen estado.»

Luzmán, que con atención había estado oyendo á Birtelo, quedó muy maravillado de oírle el suceso de su vida; y todas estas cosas en alguna parte le ponían gran consuelo, conociendo que su mal, puesto que había sido y era grande, no lo tenía en nada con ver que su señora Arbolea había sido aquella su voluntad; y todavía tenía esperanza que volviendo á su presencia se dolería dél, y con esto muy alegre respondió á Birtelo: «señor, muy maravillado me teneis de oír lo que me habeis contado; mas grandes mercedes os hizo Dios en daros entendimiento, para saber navegar en esa mar por donde habeis andado, y salir della tanto á vuestra honra, y que al fin hayáis repartido y comparado con mucha prudencia los bienes que en esta vida teneis, los cuales tan bien despendidos, verdaderamente deben de ser juntos en aquel lugar, donde jamás se pierde el tesoro ni puede ser hurtado.» Estas palabras y otras de mucho consuelo y de caballero avisado dijo Luzmán á Birtelo, y le contó quién era y la causa por que así andaba, que ya eran pasados cuatro años, y le dijo las grandes cosas y extraños sucesos que había visto. Birtelo, sabiendo que era caballero, y viendo su persona y gran prudencia, mucho se holgó de haberle conocido; y pasando entre ellos palabras de amistad, porque ya era hora, se fueron á comer, y acabada la comida, levantándose Birtelo, llevando consigo á Luzmán, y á Piron y Ansiló, los dos poetas, se metió en su aposento, y allí sentados mandó traer un laud, en el cual Birtelo comenzó á tañer suavísimamente, y á cantar unos versos que así decían:

Aquella es perfeccion que al alma enciende
 En las obras perfectas y agradables,
 Huyendo de las sendas miserables
 Do se viene á perder quien no se entiende.
 El mundo, ya se sabe que pretende,
 Conociendo los hombres ser mudables,
 Engañarlos con bienes poco estables;
 Mas, dichoso quien dellos se defiende.

Pues, luego con razon huye el prudente
 Del mundo viendo en él tantas maldades,
 Y todo por subir en mayor honra,
 Reinando la codicia locamente.
 Por querer sustentar mil vanidades,
 Las cuales suelen dar mayor deshonra.

Tan bien tañó y cantó Birtelo que Luzmán quedó maravillado; y viendo que había sido convidarle á él á que tañese y cantase, segun entendia en Birtelo, le dijo: «señor, pues vos me habeis hecho merced en que yo os oyesse, yo quiero tañer ante vos, y cantar alguna cosa; bien sé que es atrevimiento, mas hágolo porque os deseo servir.—Mi buen amigo, dijo Birtelo, ganado me habeis por la mano, porque yo no deseaba otra cosa, y no os lo osaba pedir; y así os ruego que, pues vos quereis darnos este contentamiento, canteis alguna canción antigua á uso de España, que ha muchos años que otra vez oí cantar de aquesta manera.» Luzmán comenzó á tañer, como aquel que maravillosamente lo hacia, y cantar la siguiente canción:

Tristeza, si te acabares,
 Dará fin la vida mía;
 Acabarse ha mi alegría
 Si se acaban mis pesares.
 Si tú mueres, yo soy muerto,

Que la tristeza es mi vida:
 ¿Quién vido tal desconcierto,
 Pues pone el pesar medida
 Al bien que vive encubierto?
 Y así por todos lugares
 Buscaré tu compañía.

Porque no quiero alegría,
 Tristeza, si te acabares.
 Cuando de mí se partió
 Esperanza y su contento
 La fe mas firme quedó;

Mas pudo tanto el tormento
 Que los sentidos venció:
 Entonces la vida mía
 Entregóse á los pesares,
 Y así no quiero alegría,
 Tristeza, si te acabares.

Con tanta gracia y suave melodía cantó Luzmán esta canción, que Birtelo y los dos poetas quedaron maravillados en oírla. Birtelo le dijo: «verdaderamente, señor Luzmán, no es menester alabaros, porque, lo que de suyo está alabado, poco hace al caso gastar palabras en alabarlos. Yo os digo que tienen gran gracia las canciones que en España se hacen.—Así es verdad, dijo Luzmán; mas no se niegue que las cosas de acá no tienen gran autoridad y gravedad en su estilo.» Bien tres meses se detuvo Luzmán con Birtelo, que nunca jamás en todo este tiempo le dejó partir; y al fin abrazándose muchas veces, con lágrimas de grande amor se despidieron y tomó el camino de Roma, en el cual se detuvo algunos días, porque siempre veía los lugares que le parecían á él haber en ellos algunas cosas que ver; y así llegó una noche, á dos leguas de Roma, á una cabaña de pastores. Y aquí da fin el cuarto libro desta *Selva de aventuras*.

LIBRO QUINTO.

Fabo ya hacia el fin de su jornada, cuando Luzmán llegó á una cabaña de pastores; y como llegó á ella vió dos pequeños zagales que aderezando estaban la cena, y á un lado sentado un pastor viejo. Luzmán le saludó, y el pastor á él, y le preguntó si iba á Roma. «Sí, dijo Luzmán, que allá es mi camino; y porque es tarde, no habiendo por aquí poblado, aunque estaba fuera de camino esta cabaña, heme venido á ella; y si dello sois contento, quedaré aquí esta noche y en la mañana me iré.—Yo huelgo dello, dijo el pastor viejo; solo me pesa porque no tengo mas de lo que veis para honraros y haceros mejor tratamiento; mas verano es y tiempo caluroso, cuando mas aplice el campo.—Yo os agradezco, padre, dijo Luzmán, esa buena voluntad;» y luego se sentó el pastor y le comenzó á mirar viéndole mancebo y de tan buena gracia, le dijo: «yo no sé de dónde nació tantas diferencias y extrañas costumbres, y varios pensamientos como en los hombres hay: unos se van á morir en guerras, otros ó navegan en mar, otros viven robando y matando, otros en juegos, y otros perdido su tiempo en amores, y otros, como vos, que nunca paran por el mundo, québranse los piés, gastan lo que tienen, vense en muchos peligros, pudiéndose estar en sus tierras descansados y á su placer. ¿Qué es la causa desto, hermano? que por mi fe yo no la entiendo.»

Luzmán se holgó mucho de ver el pastor con cuán reposadas palabras y llaneza, muy contento de sí le proponía y preguntaba aquella pregunta; respondióle diciendo: «habeis de saber, amigo, que cuando Dios crió el cielo y la tierra, á cada uno dió el término y jurisdicción que le convenia: lo seguro y firme es el cielo, adonde se vive para siempre con eterno descanso: allí no hay mar sino de amar á Dios, ni tierra sino es la humanidad suya, que con la divinidad juntó cuando por nuestro remedio se hizo hombre; y á esta tierra, que acá nosotros poseemos, dejóla para que poseida de hombres en ella trabajásemos, y sin este trabajo no se puede vivir: menester es que unos caminen y otros naveguen, unos ríen y otros lloren, unos sean buenos y otros malos, que por esta variedad es la naturaleza mas hermosa; y así, yo voy caminando bien fuera de mi voluntad, por me haber sucedido cosas que á

ello me han forzado.—Bien está, dijo el pastor; mas yo no trocaría mi estado por el del rey ni del mas rico del mundo: igual es estarme aquí sentado gozando estos aires, que sin costarme nada el cielo y la tierra me envían, ordenando mis ovejas, cuya leche como sin el sobresalto que tienen los hombres en esos lugares adonde viven. Gran gusto es subir en aquel monte; allí están saludables yerbas, silvestres árboles, hermosas fuentes cuyas aguas sin costarme nada yo bebo, y por estos llanos oír las aves, y á las veces recostado debajo de algun fresco comer el tasajo y cebolla, la cual sabe mejor que aquellas comidas muy curiosas, que en las casas de los ricos se comen.»

«¿Eres casado? le preguntó Luzmán.—Dos veces lo he sido, dijo el pastor; mas ya ha dos años que sin mujer estoy, que la muerte me apartó della.—¿Y estos son tus hijos? dijo Luzmán.—No son sino mis criados, respondió el pastor, y un hijo tengo, que pluguiera á Dios no lo tuviera.—¿Por qué, padre, me di, le dijo Luzmán; que los hijos, todos cuantos son lo primero que desean son ellos?—Bien has preguntado, respondió el pastor: sepas que no me pesa á mí por tenerlo, que hacienda tengo para dejarle, que hombre rico soy; mas porque fué tal que le faltó la cordura y el entendimiento, no porque loco sea, mas habrá siete años que se enamoró de una pastora, hija de un compadre mio, que allí abajo tiene su cabaña al pié de un arroyo; y ella, dándose muy poco por él, se ha casado habrá seis meses con un pastor, siervo de su padre, y todavía el loco de mi hijo la ama, y nunca sale de entre aquellos árboles que allí parecen, donde tañendo en una zampoña anda diciendo cosas extrañas; jamás viene aquí, ni bastan mis consejos ni los de sus amigos; y así temo que presto morirá: esta es la causa por que desalabo los hijos.»

A Luzmán le vino deseo de ver á Persio, que así se llamaba el pastor, y levantándose dijo que él quería ir á verlo y hablar con él, que podría ser con buenas razones ponerle en razon. El pastor viejo le dijo: «primero quiero que cenes, y luego te irás; mas yo creo que será por demás tu ida;» y luego dió á Luzmán de lo que tenía, y él cenó con él; y habiendo cenado se despidió del viejo, y